



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12888

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 24 DE FEBRERO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Las procesiones

A cada asunto le llega su hora y ahora le ha llegado á las fiestas públicas de Semana Santa.

Los marrajos han encontrado un poco del ardimiento antiguo. Una sola reunión ha bastado para pronunciarse por la afirmativa y apenas hubo quien habló de procesiones conlstaron todos los presentes: ¡A la calle!

Y en la vía pública pueden considerarse ya. Lo anunció anteanoche la célebre llamada y sabido es que cuando los marrajos han hecho sonar el pito y el tambor, nunca se han vuelto atrás.

Confesamos con toda ingenuidad que nos habíamos equivocado. La circunstancia de quedarse en casa los californios nos hizo creer que los marrajos adoptarían la misma actitud; pero no ha sido así, y por ello les felicitamos, por que á ellos se debiera que Cartagena no sufra los días de Semana Santa la despoblación que era de suponer.

Aprovechando la entusiasta actitud de los cofrades, actitud inesperada que ha causado sorpresa general, no debían circunscribirse solo á hacer las procesiones, sino también á mejorarlas en lo posible. Al efecto, les recordamos que por ser ellos solos los que salen ahora, han de tener una mayor recaudación que se debe emplear en mejorar los tronos; y así, de esta manera, haciendo este año un poco y otro poco el año venidero, podrían aspirar á que cuando los californios sacaran nueva la procesión del *Prendimiento*, estuviesen reformadas las suyas.

Darán a esto los marrajos que los consejos no les hacen falta. Lo sabemos: es dinero lo que necesitan; pero cuando se busca con deseo de encontrarlo hay probabi-

lidades de hallar el que hace falta.

Los momentos para echar las procesiones a la calle no están determinados; dependen de que los californios se afirmen en su acuerdo de no darse a luz el año actual, cosa que está por ver, pues la gente joven siente ya la nostalgia de las juntas diarias, del arreglo de tronos, y de tantos y tantos quehaceres que lleva aparejados su hermosa procesión. Y como a esos goces—que goces son para los que tienen en sus venas sangre procesional—no se renuncia sin dolor, es posible que en plazo que no puede ser largo, se plantee la cuestión en el seno de la cofradía y resulte que en vez de dedicarse los cofrades á mirar como se lucen este año sus vecinos, se decidan al fin á hacerles competencia.

Lo que fuere sonará; mas si no sonara el pito y el tambor californios, puede que los marrajos hagan el miércoles una de sus dos procesiones y realicen la otra el día de rigor, es decir, la noche del viernes.

Para acordarlo hay tiempo; por que para que todo sea extraordinario en esta ocasión, se ha acordado realizar las procesiones con un plazo superior a los de los años anteriores.

TIJERETAZOS

Pregunta un colega:

«Si mañana ese deshecho del Poder el partido conservador ¿con quién lo sustituye la Corona en el Gobierno?»

Y seguidamente manifiesta que si se llamara á Montero ó Moret quedaría plantada entre ellos la guerra civil.

«La Democracia», órgano del Sr. Montero, ó sea del partido liberal democrático, recoge la alusión y escribe esto:

«Ningún partido, ninguno de los grupos políticos que hayan gobernado ó aspiran á gobernar dentro de la Monarquía, son capaces de colocarse en la actitud antipatriótica é irreverente que aquel diario supone al razonar su hipótesis.»

Bueno es tomar nota de esta confesión por si llega un momento que obligue á recordarla.

Porque suele ocurrir con frecuencia, que todo grupo ó partido preferido se una á las oposiciones para combatir al que manda.

Ahi están los primates de los conservadores que desde hace tiempo no hacen otra cosa.

Primero Villaverde combatió á Silvea. Luego Maura y Sánchez Toca derribaron á Villaverde.

Ahora casi todos van contra Maura aunque no lo parece.

De modo que precedentes hay.

Pero ¡señor! si ambas fracciones liberales se trataron como rusos y japoneses al constituirse ¿cómo hemos de esperar que suavicen sus relaciones cuando la una se encuentra en el poder y la otra en la oposición?

Dice un periódico que las deudas nacionales del mundo suman aproximadamente treinta y un mil millones de duros.

Escribámoslo en cifra para mayor relieve:

31.000.000.000

Y hay por ahí infelices que deben veinticinco pesetas y viven temblando, pendientes á cada momento de una ejecución.

Un colega envía al Sr. Maura el siguiente ramillete de títulos de trabajos periodístico recogidos en la prensa de anteaer:

- «Inquietud nacional».
- «La crisis del crédito».
- «Venga la verdad».
- «Sin crédito».
- «El gran alarmista».
- «Único en la Bolsa».
- «El culpable».

Ya tiene materia el presidente para hacer tantas frases como títulos y obsequiar con ellas á su ojo derecho—la prensa—que es algo así como el amor de sus amores.

DE COREA

S. M. LI-HI

El palacio imperial de Seul es ciertamente lo más curioso de la capital coreana.

Es de proporciones inmensas, construido á la china, muy pintoresco, con techos volantes y numerosos campanarios, cada uno

de distinto estilo, pero que producen un conjunto por demás armonioso y fantástico.

Tres puertas dan acceso á la imperial mansión; la del Mediodía, la del Este y la del Oeste.

La primera está reservada exclusivamente para el emperador y las testas coronadas; la segunda es para uso de los altos dignatarios, y la del Oeste para los funcionarios y el resto de los visitantes.

En otro tiempo los dignatarios y empleados debían descender de sus palanquines y subir á pie, soportando el viento, la nieve, la lluvia ó el ardiente sol, al palacio imperial, distante un kilómetro.

El camino es encantador á la vista. Por todas partes kioscos, coquetamente cubiertos con telas de vivos colores, y puentes de mármol delicadamente trabajados, salvando los distintos foses.

Actualmente los altos dignatarios que asisten á las recepciones palatinas llegan en sus palanquines hasta la misma entrada del Palacio.

Estas recepciones se verifican con gran solemnidad, según las fórmulas de un riguroso Protocolo... sobre las tres de la madrugada.

Cuando llegué á Seul, me causó profunda extrañeza la hora de la invitación.

—En el silencio de la noche—me contestaron—se resuelven mejor todos los asuntos.

Llegué al palacio á la vez que un alto dignatario de la corte.

Iba escoltado por unas cincuenta personas.

Una le sostenía por la pierna derecha, otra por la izquierda, y las demás, agolpadas junto á él, le ayudaban también á avanzar.

—Las cargas del Estado—me dijo un funcionario de la corte—fatigan de tal modo á los que las soportan, que es preciso rodearlos de cuidados y facilitarles el acceso junto al emperador.

La sala del trono es inmensa, y está adornada por infinidad de columnas.

En las recepciones solemnes, el emperador se coloca en el fondo, en pie, detrás de una mesa con ricas incrustaciones y delante de un enorme biombo bordado en oro, con figuras de gigantescos dragones de un arte exquisito.

A derecha é izquierda de la mesa tienen puesto dos coreanos, verdaderos gigantes, ocultos entre la guardia del emperador y armados con sabies de longitud desmesu-

rada; detrás de ellos se agrupan los funcionarios por el orden que van llegando.

El ministro ó el cónsul, en cuyo honor se verifica la recepción, es anunciado é introducido en la cámara.

Le sigue á medio metro, próximamente en cancellor; adelanta tres pasos y saluda; avanza de nuevo otros tres y vuelve saludando; camina otros tres más aún y se queda inmóvil, esperando que el emperador se digno dirigirle la palabra.

Entonces se entabla un diálogo animado, que siempre suele ser el mismo:

Su Majestad.—¿Ha recibido usted noticias de su Gobierno? ¿Que tal está el emperador (el rey, el presidente de la república, según las circunstancias).

El cónsul.—Muy bien, señor.

Su Majestad.—¿Cómo está la empresa?

El cónsul.—Disfruta excelente salud.

Su Majestad.—¿Queréis telegrafiarle diciéndole el interés grande que su salud me inspira?

Y seguidamente termina la audiencia, retirándose el recibido con las mismas solemnidades de la entrada, y haciéndolo después el emperador para ir á la comida que se celebra á continuación de tan «solemne acto».

Cosa curiosa: el banquete es preparado por el cocinero y servido por los «chefs» del agente diplomático en cuyo honor se verifica la recepción. Bien entendido que todos los gastos son de cuenta del Emperador y que éste hace lo imposible para que la comida sea de primera y los vinos superiores.

Al acabar el banquete, el Emperador envía al cónsul al cocinero.

Hechos los honores, el Emperador no toma parte en el banquete, quedando sólo los altos funcionarios.

A medida que las libaciones producen «el calor comunicativo de los banquetes», se presencia un espectáculo original. Los altos dignatarios se despojan de sus vestiduras.

Quitase, una, dos, tres túnicas hasta las diez ó doce que visten, pues como altos dignatarios que son, pueden llevarlas, y se da el caso de que el coreano que antes parecía enorme y gordísimo, queda demacrado y escuálido.

Después del banquete empiezan las diversiones imperiales; las bailarinas llegan y sus danzas respiran voluptuosidad grande,

ellos una grande intimidad, que por otra parte nada justificaba.

Entanto que la hepatitis, esta calamidad de los ingleses en Bengala, minaba sordamente á Craighton, la robusta y poderosa constitución del mayor había resistido á las influencias zanjadas del clima y de los excesos.

.*

Entanto que las demás mujeres indias, siempre encerradas en el zenabach quedan casi todas en la mas absoluta ignorancia é indiferentes á todo lo que no sean goces materiales; las bayaderas viajan de un sitio para otro, visitan los templos y adquieren una especie de instrucción relativa.

Aquella noche el público del pabellón del Medwain estaba admirablemente dispuesto para apreciar el talento de las bayaderas.

Los vapores de los buenos vinos y de una comida escuálida, seguida después de una larga cacería, turbaban todavía las cabezas.

A la primera pausa que hicieron las bailarinas una de ellas extendió sobre el tablado un tapiz de brocado

do muerto á dos millas de allí, tres rusas, de las cuales una era sumer ó rusa negra, dos antilopes, un morh (gran ciervo) y tres jabaltes.

En suma, había sido una buena cacería.

No había que deplorar ningún accidente serio, respecto á los europeos, desde luego, por que en este país la vida de un indio tiene una importancia muy secundaria.

Cuando se hubo contado la caza, se cargó todo sobre un elefante y después un carro de buyes que se encontró en el camino.

Dos horas después los cazadores llegaban al campamento.

Cada uno tomó un baño, se vistió una levita y pantalón negro y corbata blanca.

Terminada esta toilette de rigor, se encaminaron todos al pabellón de Medwainah.

El mayor Fitz Well era un viejo militar acrobilado de heridas, muy querido de sus compañeros.

Era poco notable bajo el punto de vista de la inteligencia, pero de gran corazón y lealtad, no tenía otro defecto que un carácter algo brusco y una tendencia demasiado pronunciada á los placeres de la mesa.

Craighton y él habían tenido en otro tiempo una gran celebridad como valientes.

La conformidad de sus gustos habían causado entre

tigre, cinco fueron desgarrados y muertos.

Pero este fue su último esfuerzo, rodando en seguida atravesado por muchas balas.

Cuando después se le desolló se pudo observar que la bala de la pistola de Burtell se había aplastado en medio de la frente de la fiera.

En tanto que los cazadores se apresuraban, unos á rodear al tigre, otros á acercarse á Burtell y al mayor, se oyeron en lontananza algunos tiros y gritos confusos; era el otro tigre que se escapaba, y sobre el que tiraban muchos elpayos y algunos shikares apostados al lado de las junqueras.

Este recibió muchas balas, pero consiguió salvarse. Se trató después de poner los perros sobre su rastro; pero el calor era tan ardiente en aquel momento, que los pobres animales apenas podían moverse.

